



Mario González Suárez



El libro de las pasiones



Ediciones Era

[www.edicionesera.com.mx](http://www.edicionesera.com.mx)

*No seáis, oh Mortales, nunca afectos a juzgar;  
que nosotros, que a Dios vemos  
no conocemos aún a todos los electos.*

D. A., *Paradiso*, XX, 133-135

*Cuando por el pecado de la caída todo se hizo  
concupiscible, el diablo jugó otra partida, creó  
dentro de la caída otra caída.*

J. L. L., *Paradiso*, IX

*Adán y Eva dormían abrazados  
[...]  
¡Duerme, feliz pareja; tanto más  
feliz si no ambicionas algún otro  
estado más dichoso y te conformas  
sin querer saber más de lo que sabes!*

J. M., *Paradise Lost*, IV, 771-779

# El poeta



*Sostendrás tu vida con un grito.*

Juan Oronoz

A los siete años, con las escasas palabras aprendidas por su mano, escribió lo que se podría considerar su primer poema. Curiosamente, este texto, que me he empeñado en llamar su “primer poema”, narra de manera escueta “la visión” que Oronoz tuvo la noche en que recibió a su numen. El escrito, desde luego, nunca será publicado. Fue la madre de Oronoz quien me lo mostró, no sin recelo, cuando le solicité ayuda para completar un estudio sobre la obra de su hijo.

La caligrafía era, obviamente, la de un niño; la ortografía, la común a esa edad; la sintaxis, incipiente. Apenas completaban ocho versos carentes de significado para quien no supiera del poeta lo que yo había intuido meses antes.

El 20 de septiembre de 1986 fui invitado a la entrega del Premio Nacional, que ese año se le concedió a Oronoz. Después de la ceremonia nos dirigimos a casa de una de las adoradoras del poeta. Contra su costumbre, y máxime en una ocasión tan propicia, Oronoz no se condujo de manera soberbia ni hizo oír ninguno de sus pedantes anatemas. Andaba melancólico, incluso parecía que le molestaba el premio. Escasa oportunidad hubo de hablar con él pues a cada instante era requerido por sus admiradores. El poeta bebía un vaso tras otro. A media velada me acerqué a él para despedirme y agradecerle la invitación. Sin atender mis palabras, en voz baja y rápida articuló:

–No pierda su tiempo en estos “eventos”, como dicen los periodistas... Mi poesía no es mía y yo soy un hombre innoble...

Atribuí sus frases al whisky y le di un apretón de manos. Él agregó:

–Lo perdí, me abandonó, vi cuando se fue. Nada he escrito yo.

De ese encuentro obtuve una extraña conclusión: Juan Oronoz, el poeta vivo más prestigiado e influyente, sufría. Cada volumen que publicó –de *Revelaciones*, en 1964, a *La pulsión etérea*, en 1985– fue recibido con loas por la crítica especializada, la cual desde un principio contribuyó a crear el culto a Oronoz. Las nuevas generaciones de críticos, no menos estériles y engoladas, apenas habían hecho algo más que repetir las alabanzas de sus predecesoras, sin aportar nuevas lecturas ni análisis estrictos de la poesía de Oronoz. Además, nuestro poeta era uno de los más famosos escritores de lengua hispana, aunque muy poca gente lo hubiera leído. Se puede decir que, como figura literaria, no tenía motivo de queja o quebranto. La opinión pública, gracias a los *mass media*, sabía que era un genio, que era el prócer literario nacional y que con él a la cabeza de la cultura del país la gente podía vivir tranquila y seguir mirando televisión.

Después de aquella reunión y estas breves consideraciones, me interesé por Oronoz. Yo lo había conocido personalmente un par de años antes, cuando la burocracia cultural puso de moda los estudios sobre “literatura joven”. Por supuesto, también los investigadores trabajábamos bajo las órdenes de Oronoz. Le alegraban los halagos y no desaprovechaba pie para vanagloriarse. Yo concedía buena parte de mi tiempo a las bibliotecas y trataba poco con él. La mañana que renuncié a mi empleo en el Ministerio de Cultura ponderó mi “colaboración” con un par de frases parcas y, no sé si como reconocimiento o indemnización, me obsequió el último de sus poemarios.

*La pulsión etérea* reúne ochenta cantos dirigidos a una divinidad incomprensible: algunos versos buscan aplacarla, otros piden mi-

sericordia, y los postreros rozan la blasfemia. Posee una fuerza similar a la de los libros sapienciales del Antiguo Testamento.

Debo confesar que por prejuicio y salud mental, hasta entonces había evitado las obras del afamado poeta. Verlo aparecer con frecuencia en la televisión y en portadas de revistas de cualquier índole me parecía no sólo suficiente sino grosero.

Entusiasmado por este primer acercamiento me procuré el resto de su obra. Reconocí en Juan Oronoz un gran talento desde sus inicios. Siempre me había fastidiado no su falta de modestia o su excesiva petulancia, sino que tales exaltaciones fueran acompañadas de la pleitesía de los intelectuales privilegiados y de la complicidad de lo que se ha llamado la “cultura oficial”. Pero una vez que me interné en su poética mi fastidio se mudó en extrañeza. ¿Cómo podía un poeta de esta talla comportarse como un enano? Sin embargo, eso no era asunto mío y en breve lo olvidé. No fue hasta la entrega del Premio Nacional cuando volví a toparme con Oronoz.

En febrero de 1987 se le otorgó a Juan Oronoz el Premio Hispánico de Letras, que recibió en Madrid de manos del rey de España. No hizo declaraciones a la prensa ni aceptó las invitaciones de la televisión, el moderno Mefistófeles. Y aunque a Oronoz no se le vio por parte alguna, todo el mundo usufructuó el gran revuelo para publicar artículos y dar entrevistas. Tales hechos me impelieron a retomar mis anteriores inferencias en torno a Juan Oronoz y su desasosiego.

La morbosidad irredenta de los reporteros exigía de nuevo el Premio Nobel para Oronoz. Mas él se resguardó en el silencio; nada afloró de su actitud beligerante sostenida durante los dos lustros pasados, la época en que pataleaba y maldecía cada año al enterarse de que el ganador no había sido él. Nunca aprobó a los galardonados, con excepción de Elías Canetti. El más reciente escándalo provocado por Oronoz había sucedido a finales de 1984, por una declaración: “Ésta fue la última oportunidad que

di a los suecos; sé que el próximo año me otorgarán su sospechoso y premeditado premio, pero sepan que lo voy a rechazar”. Espetaba agudezas que movían a risa o indignación, pero su personalidad carismática convertía incluso los insultos en un género de excentricidad o vanguardismo.

El 30 de agosto de 1989, Juan Oronoz murió.

No necesito recordar la cantidad de horas que la televisión le dedicó, ni la avalancha de reediciones y antologías de sus poemas que invadió librerías y supermercados. De las reacciones insanas a la muerte de Oronoz, es inolvidable la de varios de los aduladores que le habían pegado la categoría de “excelencia”: comenzaron a encontrarle innumerables defectos. De inmediato, la burocracia los censuró y calificó sus “reseñas” como una “irrespetuosa falta de respeto” (sic). Cundieron los escritos que atacaban la figura de Oronoz tanto como los que la magnificaban; el caso fue que los juicios, en su mayoría, se centraron en su persona y muy pocos atendieron a su obra. Los periodistas preguntaban a los literatos quién había sido realmente Oronoz: si un poeta o un farsante, si un político o una invención de la crítica.

Un año antes de su fallecimiento yo había iniciado un análisis retrospectivo de su obra. La muerte del poeta me sugirió hacer de mi trabajo un homenaje objetivo. Sin embargo, mis conclusiones fueron influidas por la repentina ausencia de Oronoz; además, por pruritos formales, no abordé mi primera intuición —que no hipótesis— sobre la figura del poeta, a saber: Oronoz me apasionó porque vislumbré una enorme fisura entre su vida y su obra. Quizá mi intento de comprender tal incongruencia justifique la redacción de estas páginas.

Mi planteamiento puede parecer un tanto brumoso, y sólo para despejarlo quisiera recordar la ociosa especulación con que enflaquecimos una tertulia un amigo y yo: las actitudes, los

modales y las características físicas de un escritor guardan una correspondencia directa con su creación, con su literatura; por ejemplo: el gesto de Juan Rulfo es *El Llano en llamas*; los ademanes de Juan José Arreola son *Confabulario*; el porte de Agustín Yáñez, *Las tierras flacas*, etcétera. Pero –siguiendo la especulación– la presencia altanera y el carácter tortuoso de Juan Oronoz nada tienen que ver con *Revelaciones*, ni con *El reino de la luz* ni con algún otro de sus libros.

En otras palabras, me parece muy difícil que alguien con la personalidad de Oronoz pudiera crear una obra tan profundamente sencilla, de un misticismo revelador, de una sensibilidad elemental que con el tiempo se depuró hasta convertirse en una exposición versificada de misterios. Sus últimos dos libros podrían ser, cabalmente, las visiones de un iluminado. En tiempos recientes se ha dicho –quizá de manera exagerada– que la lectura de varias de sus obras exige cierta iniciación de los lectores. Lo cierto es que la poesía de Oronoz no sirve para recitarse al final de las tertulias. Quisiera extenderme en comentarios y exégesis, pero éste no es el sitio, y además ya alguna gente, entre ellos yo mismo en *El escriba de los dioses*, hemos intentado una aproximación a la poesía de Oronoz. Ahora nos ocupa la escisión entre hombre y poeta.

Juan Oronoz publicó su primer libro (*Revelaciones*) en 1964, a la edad de veinticuatro años. Con versos contundentes comenzó a hacerse notar en el medio literario y a ganar poder. En 1967 fundó la revista *Algazara*. Esta publicación fue la trinchera desde donde censuró de manera feroz –no siempre con justicia– a cuanto escritor o poeta triunfaba entonces. En términos generales, les reprochaba su “medianía y conformismo” y que prefirieran la venia de los poderosos antes que la calidad literaria. En un principio fue temido más como crítico que como poeta. Sin demasiado esfuerzo llamó la atención de los funcionarios de primera línea. Para la aparición de su tercer libro (*Los cielos desbo-*



cados, en 1969), había agrupado en torno a la revista *Algazara* a sus contemporáneos más destacados. En 1972 ya había ganado premios respetables e impreso el cuarto volumen. De pronto sucedió lo que esperaba: brillaron los ofrecimientos de cargos públicos y el estipendio de halagos por vías oficiales. Oronoz se sintió un gigante. Astutamente, no cedió a las ofertas hasta que fueron en verdad irresistibles. Allí inició una frenética escalada de puestos y un tenaz ejercicio de la arbitrariedad. Sus detractores aseguraban que era él quien decidía qué autor se publicaba y cuál no; a quién se dejaría crecer y a quién había que destrozar. No es mentira que llegó a organizar sus propios homenajes. Un escritor desairado denunció que para beneficiarse con un subsidio del Ministerio de Cultura había que empezar por “estar de acuerdo” con Oronoz y su grupo; y cuando se obtenía, ya se era “cómplice”.

También se culpa a la soberbia de Oronoz de haber malogrado muchas vocaciones creadoras. Puede ser, mas tampoco hay que olvidar la falta de carácter de los otros. Hoy me parece que su petulancia era una exigencia social, un comportamiento requerido a quien se ha dejado seducir por el glamour. Pero, al mismo tiempo, el poder que lo consentía lo manipulaba para convertirlo en estandarte. Ni dudar que él era consciente de ello. Sin embargo, Oronoz no veía más que la necesidad de ser entronizado. Le importaba su persona, no la poesía. La literatura era sólo un pretexto, un artilugio para acceder a una imagen y una posición que le permitieran exaltar sobre los demás su existencia.

Debo anotar que no fue fácil decidirme a interpretar la obra de Oronoz, pues sabía de los riesgos que me aguardaban. Por una inexplicable fascinación, hasta la inteligencia más independiente y solitaria, al emprender un estudio sobre Juan Oronoz, acababa acercándose a él para mostrarle lo que tenía escrito, consultarlo, hacerle una entrevista... Se me ocurre que todo crítico ansía unirse un poco con la gloria del poeta. Al final se le

pedía el visto bueno para imprimir el texto terminado. Él, por lo regular, nada objetaba y apoyaba la edición. Pero una vez publicado el trabajo, Oronoz se burlaba del autor, satirizaba sus opiniones y remataba con un artículo de sus propias leyes: “Yo y mi obra somos inasequibles a simples críticos e investigadores”.

Si Oronoz hubiera visto terminado *El escriba de los dioses*, seguramente lo habría escarnecido. Aunque quizá lo hubiera desdeñado, por mi ensayo no rompería el silencio en que vivió los años anteriores a su muerte. Ya he dicho que me interesé por Oronoz al descubrir su pesadumbre. Cuando le comuniqué mi proyecto de escribir sobre su poesía, replicó que yo era un necio, pues nada de lo que él había escrito era *su poesía*. Evitaba encontrarse conmigo, pero mi empeño me empujó a solicitar la ayuda de Natalia Oronoz, su madre.

En una de mis primeras visitas a la casa de la señora Oronoz, inoportunamente me topé con el poeta: él salía y yo llegaba; se exaltó. Su madre, tan amable, intervino a mi favor. Oronoz, moderando su actitud, sentenció: “Es usted tan terco que ha venido a molestar a mi madre. Pero si va a proseguir con la recopilación de datos para su cuento, sepa que mi madre es la única persona que puede hablar con autoridad sobre mí. Por esta mujer comencé a escribir”.

Esa misma tarde la señora Oronoz confirmó mis sospechas al confiarme que su hijo tenía “una pena insalvable, que moría de amargura”. Al advertir mi expectación, pasó a detallar:

“Juan siempre se levanta tarde, pero hace unas semanas, muy temprano, llamó por teléfono y me pidió que fuera a verle enseguida. Me inquieté porque Juan no es un hombre que pida ayuda o compañía. Lo encontré descompuesto, despeinado y sin zapatos. Pensé que estaba ebrio, pero no. Repitió hasta el llanto que se sentía fatalmente abandonado... No debería hablarle de esto... Yo no acababa de entender... Hacía casi diez años que se había separado de Margarita, su esposa, y nunca se quejó de so-

ledad. Imagino que él ve a otras mujeres, no sé... Le hice notar que trabajaba demasiado, y la fatiga... Él caminaba de un lado a otro y en una de sus vueltas distinguí esa cara de espanto de Juan niño. Pero también parecía triste... A la mitad de su infancia, una mañana me dijo que en el transcurso de la noche anterior despertó y vio que de la pared salía una silueta luminosa... que se acercó a él hasta tocarle la punta de la nariz, luego todo el cuerpo y... se metió en él. Amaneció muy excitado y yo intuí que a mi hijo algo le había sido dado... Y ahora... me llamó para contarme que durante el sueño sintió cómo aquella silueta que había visto cuando era niño salía de su cuerpo y lo abandonaba...”

Sabiendo que las madres siempre creen que han parido al Niño Dios, tomé con pinzas el relato de la señora Oronoz, aunque sin menospreciarlo.

En efecto, como señalé en *El escriba de los dioses*, en la obra de Oronoz subyace cierta concepción platónica del poeta y la poesía; afirma que si bien los poetas son seres sagrados, no lo son por sí mismos sino porque la divinidad los toma como servidores para hablarnos a través de ellos.

Al parecer, y atendido a los preceptos de su propia poética, la pena y el silencio de Oronoz se cifraban en la comisión de un yerro cuyo precio era dejar de ser el “siervo de la divinidad”. Que de pronto hubiera hecho a un lado la feria de vanidades en que vivía no era debido—como algunos afirman— a la edad, remordimientos moralistas y ni siquiera a una recuperada ética. Lo que carcomía a Oronoz era una *culpa metafísica*. Considero que su crisis comenzó en el momento en que coincidieron su absoluta madurez poética y la ostentación de un gran poder abyecto por el cual lo repudiaba mucha gente. Entonces terminó la ceguera en que había vivido y logró distinguir entre su persona y su obra, pudo darse cuenta de que su figura pública negaba su labor de “escriba de los dioses”. El atisbo de su “culpa”, con la consiguiente anagnórisis, le impuso el silencio.

El último encuentro que tuve con Oronoz fue en su casa; lo encontré ocupado con un discípulo a quien decía lo siguiente: “El hombre no crece, es incapaz de la grandeza, el hombre está en la carne –que es muda– y sólo la sustancia que lo habita puede decirnos algo”. En estas palabras vi la confirmación de mis conjeturas en torno a la “caída” de Oronoz. Resumo mi parecer: Oronoz reconoció que se había servido, vanagloriado y ensoberbecido de algo que no era suyo.

#### POSDATA

Dos sucesos y un hallazgo recientes me han sugerido agregar estas líneas.

El primer suceso: la señora Natalia Oronoz intentó suicidarse. Previsiblemente, fracasó. Creo que desde que empecé a visitarla se estableció entre los dos una amistad. Cuando salió del hospital y se recuperaba ya en casa de las consecuencias de su neurosis, fui a saludarla. Charlamos un buen rato; no me extrañó que se culpára de la muerte de Juan Oronoz sino que afirmara que ella era la causa de “su desgracia” porque *por amor de madre había obligado a Juan a ser poeta*.

El hallazgo: durante mi visita, la señora Oronoz me mostró una insospechada cantidad de fotografías de su hijo y álbumes familiares. Además, como anhela un fetichista, pude palpar los manuscritos originales de varios poemas de Oronoz. Y entre otros papeles hallé lo que he querido llamar su “último poema”. No lleva título y está fechado un año antes de su muerte. No encontré más manuscritos de Oronoz que correspondan a sus últimos cuatro años, los del silencio. Merced a la autorización de la señora Natalia Oronoz, transcribo mi hallazgo:

vamos pedaleando la existencia  
*yo me canso a veces*  
estaciono la vida en la vereda  
me tomo un trago y escribo un verso  
en cada sorbo flotan mis veleidades de poeta  
ladino como un Cristo sin espinas  
salaz, burlón y conspicuo  
culpígeno déspota sentimental

Sin abordar la calidad literaria, este texto tiene muy poco o nada que ver con la obra de Oronoz: los conceptos y el estilo son otros. Son versos demasiado mundanos, en ellos campean la carne y las tretas de los hombres, ninguna divinidad habla ya.

El segundo suceso: se han cumplido los ideales de la burocracia: la figura de Juan Oronoz ha pasado al salón de sus *próceres*. Y mientras los funcionarios acechan el tiempo en que se celebre el centenario del natalicio del poeta, ya una calle lleva su nombre.